

QUIENES nos dedicamos profesionalmente a observar, y juzgar, las conductas de los demás no solemos aceptar de buen grado que seamos observados y juzgados con la misma inclemencia con la que acostumbramos a operar en nuestros juicios. Es un fenómeno casi tan viejo como la historia de los hombres (y mujeres); la viga en el ojo propio. Nosotros, los periodistas, escrutamos, analizamos y dictamos veredictos sobre los comportamientos de los demás y, con frecuencia, reclamamos de ellos un ejercicio de autocrítica que les redima del error en el que podrían haber incurrido; emitimos un diagnóstico y recetamos un remedio. Sabemos detectar con precisión la paja en el ojo ajeno. Pero, ¿hemos sido capaces en los últimos años de aplicar el mismo celo diseccionador a nuestras propias conductas? Ningún estamento profesional como el de los informadores ha sido tan mimado por la sociedad española durante la transición política, y aún en todos estos años transcurridos desde entonces. Pero, en ocasiones, ninguno menos responsable en el uso de un poder que se les entrega en calidad de intermediarios, nunca de nudo propietarios. Y casi ninguno menos autocrítico en el ejercicio de ese papel de mediadores que, con más frecuencia de lo que exigiría un indispensable sentido de la ecuanimidad, hemos abandonado para lanzarnos de cabeza a muchas trincheras que no son las nuestras. Y lo hemos hecho con armas y bagaje.

Por razones profesionales, entre 1996 y 2002 estuve ausente de Madrid, escenario preferente, y por fortuna casi único, de un tiro cruzado de periodistas contra periodistas, de periodistas contra políticos, de políticos contra medios de información, de informadores contra empresarios, de empresarios contra políticos, de políticos contra empresas de información y periodistas... Y así, sucesivamente, en un carrusel de vendettas y ajustes de cuentas cuyo principio motriz era la cadena de afectos o desafectos, complicidades o vasallajes, embobamientos o despechos, establecida entre periodistas y personajes de la vida pública, políticos o no. Entre algunos periodistas y algunos personajes, para ser más exactos. Algunos, pero con mucha capacidad para hacer ruido. Así que, en 1996, por los mismos días en los que el PP conseguía su primera victoria electoral, abandoné una tierra quemada, calcinada por el periodismo de plomo de la primera mitad de los años noventa, con una sensación de alivio.

Regresé a Madrid en la primavera de 2002, en vísperas de una huelga general que precipitaría un nuevo periodo de convulsiones políticas y sociales, después de seis años de relativa tranquilidad. La tranquilidad siempre es relativa en España. Me invadieron de nuevo los malos sueños de seis años atrás, y me sumí en la duda de si esas sístoles de vehemencia que contraen el corazón hispano y lo proyectan hacia el mamporrazo fratricida cada cierto tiempo (1993-96 y 2002-2004, por citar sólo las dos últimas ocasiones) constituyen apenas un paréntesis dentro de un continuo de normalidad social y política que creemos (y queremos) reconstruida; o si lo que representaba realmente un paréntesis era mi ausencia de seis años de Madrid y mi distanciamiento temporal del reñidero de la Corte. No oculto que, en las últimas semanas, me he inclinado por la última proposición de esa disyuntiva.

Ningún prurito de celo profesional justifica la pasión con la que los periodistas españoles abrazamos las causas de las que sólo estamos obligados profesionalmente a informar o sobre las que, con toda legitimidad, nos consideramos autorizados a destilar análisis e incluso a formular opiniones. Pero en el periodismo español las opiniones, como las armas, las carga el diablo. Panegírico o anatema. Tal es la dialéctica en la que nos movemos informadores u opinadores metidos a redentores

o a savonarolas de andar por casa. El fenómeno podría personalizarse, y hasta aislarse, si no fuera porque en ocasiones muy señaladas esos impulsos en apariencia individuales obedecen más bien a estrategias, y no sólo informativas, de las empresas o grupos para los que trabajamos los profesionales de la información. El ánimo de desquite es uno de los bagajes con el que nos hemos lanzado a esa guerra de trincheras. Pero, ¿de qué se tiene que desquitar un periodista respecto de una fuerza política, una empresa o una determinada institución, pública o privada? Podría citar ejemplos de cómo determinados periodistas interiorizan como propios los conflictos de sus empresas con grupos políticos o con otras empresas. Pero prefiero omitir cualquier referencia para no señalar. No habría cumplido con el propósito de este artículo si alguien lo entendiera como un dedo acusador contra periodistas concretos, o contra algún medio o empresa en particular. Si los menciono es porque, desgraciadamente, esos casos no son infrecuentes en las salas de redacción de los medios informativos madrileños. Soy partidario decidido de la lealtad de los periodistas con sus empresas, y de la identificación de los informadores con los objetivos editoriales de los medios en los que trabajan. Pero ambas actitudes nunca deben asumirse de una forma acrítica, limitando de forma alarmante el margen de autonomía que un periodista necesita de forma imperiosa para no convertirse en pieza de un tablero en el que se despliega un juego que no es el suyo.

En otras ocasiones, es la falta de relativización de nuestro propio trabajo la que nos empuja a adoptar respecto del hecho informativo actitudes que exceden el cuidadoso grado de implicación que exige nuestro trabajo para que no se nos nublen los ojos. Humildad. No es ésta una virtud de la que andemos sobrados los periodistas españoles. Crecimos en este oficio con la transición y nos hemos creído, desde entonces, paladines de un destino histórico. Y aún andamos en esos afanes. Más que narradores, que es lo que se nos pide, hemos devenido en una especie de apóstoles. Y claro, ya se sabe, los apóstoles necesitan buenas nuevas que predicar. Causas. Aunque no sean las nuestras. Siempre, naturalmente, que los mártires los pongan los demás. Y, en este punto, no me resisto a reproducir una reflexión de Hans Magnus Enzensberger: «La sobrevaloración de sus papeles lleva a confundir el mundo de los medios con la realidad. Este autoengaño les compensa por lo volátil de su producción, y es por ello indispensable para su autoafirmación... Por eso algunas reuniones de redactores de un periódico parecen consejos de ministros en las que se discute el titular de primera página como si de ello dependiera el destino de la nación». (El evangelio digital. Claves. Julio-agosto 2000).

Y después está, casi siempre presente, el «síndrome del Watergate», esa pulsión que nos lleva a no considerarnos periodistas dignos de tal nombre si no hemos tallado en la culata de nuestra pluma la muesca de algún poderoso caído, derribado por nuestro irrenunciable compromiso con la información; esa fascinación por derribar gobiernos, pero no cualquier gobierno, allí donde consideramos que la oposición política, cuyo papel llegamos a suplantar, es débil o ineficaz a los fines perseguidos por los justicieros en que hemos llegado a convertirnos a impulsos de algunas de las razones antes mencionadas. Unas nuevas elecciones suelen clausurar esos ciclos. A condición, naturalmente, de que quien las haya ganado hayan sido los nuestros. Pero todo vuelve a empezar. Los agraviados de ayer enfundan sus armas y se muestran magnánimos; los damnificados de hoy, esperan en la cuneta con los dientes afilados. Su hora llegará algún día.